

Victoriano Crémer (notas a un estudio imprescindible)*

Sobre la poesía española de la inmediata posguerra se ha escrito mucho, tal vez lo suficiente. Dentro de esa órbita histórico-editorial, las revistas se han llevado la parte del león. Dentro de las revistas, la leonesa *Espadaña* ha merecido la atención que su importancia exigía, por razones que tienen la fortaleza de lo evidente. Y, dentro de *Espadaña*, junto a algunos otros, el nombre de Victoriano Crémer y su obra poética han estado y están sonando como cuerda de bajo forzado en el laborador crítico.

Pero, que yo sepa, no teníamos hasta ahora una monografía que se pudiera presentar y ser considerada como medianamente fiable sobre la personalidad poética de Crémer. Había algunos intentos/acosos de elogiabile buena voluntad y bastantes —no muchos, no— trabajos menores, aparecidos en publicaciones diversas y, sobre todo, en periódicos, particularmente leoneses.

Ahora, sí. Ahora ya tenemos una obra de gran tonelaje —físico también— en la que Victoriano Crémer es presentado de cuerpo entero en la sabia galería de la crítica literaria. La obra es fruto de una indudable dedicación, acumulada en forma de largo e intenso trabajo, y tiene —no sé si para bien—, en su entidad y atuendo editorial, todos los visos de ser una tesis doctoral. Y lo es. Quien estas líneas escribe lo sabe bien porque for-

mó parte, en su día, del tribunal que la juzgó y porque el autor lo dice expresamente en la página 15.

Con esto quiero decir al lector que conozco esta obra en profundidad por menester profesional, aunque no sólo por eso. Puedo, en consecuencia, ofrecer, en forma de notas, algunas reflexiones fundadas en el texto académico original y en el que ahora ve la luz en forma de libro. No se advierten en éste cambios sustanciales ni accidentales respecto al original, cosa que —insisto— no estoy seguro de que sea para bien del libro mismo. Tal vez se presentó al autor la nunca fácil ni frecuente oportunidad de publicar su tesis y no quiso dejar escapar esa oportunidad, renunciando para ello —acaso por urgencias de tiempo— a una reelaboración más apretada y, por tanto, más tentadora y atractiva para un lector de grado medio.

El trabajo se organiza en diez Capítulos, seguidos de un Final, una Bibliografía y un Apéndice.

El Capítulo I, «El hombre y el escritor», tiene talante biográfico e informativo. Se nos informa, en efecto, en él, acerca de la compleja peripecia vital de Crémer, de sus actividades literarias y del fruto de éstas, es decir, los títulos de sus obras, con especial detenimiento en los escritos periodísticos, teatrales y narrativos. Acertadamente, deja fuera el autor los escritos poéticos, lo que indica bien a las claras que a estos les reserva un trato especial para más adelante.

En el Capítulo II, «Poética», inicia, efectivamente, el Prof. José Enrique Martínez un acercamiento a Crémer en cuanto poeta, centrando el capítulo entero en el contexto externo —*Espadaña*— y en el análisis interno de las ideas de Crémer sobre la poesía, es decir, en la *poética* cremeriana. Es un capítulo breve, pero esa brevedad no es óbice para que yo me plantee una cuestión de no desdeñable importancia; ésta: ¿tiene Crémer una *poética* propiamente dicha, o —formulada la cuestión de otra manera— adopta Crémer una preceptiva «retórica», lo que equivale a decir un esquema o conjunto consciente y formalizado de normas orgánicamente estructuradas cuyo funcionamiento provoque, como fluyendo de él, la catarata de su poesía? Personalmente, creo que no. Pero me hubiera gustado ver, en el libro que comen-

* José Enrique Martínez, Victoriano Crémer. El hombre y el escritor, León. Ayuntamiento de León, 1991, 730 págs.

to, una postura más clara a este respecto, esté o no de acuerdo conmigo el autor. A mí me basta pensar —porque sus poemas me inclinan a ello— que Crémer tiene la poética que la poesía de sus poemas entraña. Es evidente, sin embargo, que al crítico corresponde aplicar a esa poesía textual una lente adecuadamente graduada. No estoy muy convencido de que las lentes al uso sean capaces de darnos una visión nítida de la obra cremeriana. Y escribo esto desde el fondo de mi sinceridad, manifestando una cierta desconfianza ante este capítulo. Es cierto, cosa que sí queda clara en el libro, que el aparato poético de Crémer es un «todo terreno», y un «todo terreno» hábilmente conducido: Crémer no pierde nunca el volante y sabe muy bien la tierra que pisa. A mi modo de ver, este tipo de poética es el que le va. Dicho de otra manera: Crémer da por supuesto qué sea la poesía, y propone de qué debe ocuparse y cuál debe ser su talante, es decir, cuál es —según él— el talante de la poesía misma: humana, leal al tiempo en que nace, para el pueblo —que no es lo mismo que «social»—. ¿Poesía = Biografía? No, yo creo que no. Porque la biografía es —no hay razones para que no pueda serlo— la realidad «asumida»; pero la realidad «elaborada» será siempre —tiene que serlo— lingüístico-formal. Esto es lo mismo que afirmar que toda poesía concreta debe definirse —en lo que tiene de teoría poética, de materiales, y de instrumentos para manejar esos materiales— a partir de elementos o datos lingüísticos (verbales). En consecuencia, las definiciones cremerianas de poesía —y el autor del libro nos las ofrece— no son pertinentes, porque no son específicas: esas definiciones pueden valer también para otras cosas. Pero me apresuro a escribir que esto no va en desdoro ni de la poesía de Crémer ni del libro que comento. Al revés: al final del capítulo se nos ofrecen unas lúcidas conclusiones —acertadísimo método que el autor aplica a todos los capítulos— de las que se desprende que, técnicamente hablando, Crémer no parece tener una poética personal. Lo cual, al tiempo que paradójico, es, sin duda, altamente meritorio, porque los sanos no necesitan muletas. Mérito es del autor del libro descubrir en Crémer este hecho que, de tan evidente, puede escaparse a la vista. A él no se le escapa. A mayor abundamiento: en la descripción que hace de todos y cada uno de los libros poéticos de Crémer se trasluce que en ellos late una poética «atmosférica»

ca» o de «ósmosis», lo cual, unido al pensamiento cremeriano de que nunca se es tan autodidáctico como uno quisiera, puede darnos una foto fija, de enfoque y encuadre muy ajustados. A mi modo de ver, el profesor Martínez nos la da.

El Capítulo III, «Descripción de los poemarios», es lo que su título dice. Se trata de una descripción histórica y temática. Técnicamente hablando, lo que el libro nos ofrece es sumamente interesante como intrahistoria de la obra de Crémer, con abundancia de datos y otros detalles que clarifican de manera definitiva algunos aspectos concretos hasta ahora sólo conocidos fragmentariamente. Trata también este capítulo, en una línea que comienza en el anterior, el tema de los *temas*. Yo creo que los temas no son elementos diacríticamente poéticos, considerados en sí mismos y aunque estén correctamente articulados en la pantalla crítico-analítica. El autor los articula bien, pero —a mi juicio— no saca todo el partido posible de lo autobiográfico, por ejemplo..., lo cual confirma mis convicciones.

El Capítulo IV, «Amistades, relaciones, influencias y resonancias», me parece un capítulo menor. Entiéndase correctamente: menor, en el conjunto del libro que avanza hacia el Capítulo VIII, a mi juicio el capítulo superior del libro entero. Además, no veo claras las razones por las que el autor coloca aquí este capítulo, lo que no quiere decir que no las tenga.

El Capítulo V, «Del "tremendismo" a la "poesía social"», en cambio, sí merece un subrayado mío, porque aquí sí, o aquí de modo más explícito y crítico, están expuestas, con encomiable claridad, las ideas cremerianas y —de ahí el subrayado— adecuadamente documentadas en los textos.

El Capítulo VI, «Concepción del mundo», tiene un interés incuestionable, como fácilmente se comprende. Pero, el punto de partida —poesía = interpretación de la vida y del mundo—, punto de partida a todas luces ideológico o, por lo menos, contenidista, nos devuelve una vez más a la Temática, algo a lo que tengo una alergia incurable. Y creo que con razón, ya que los temas que aquí se nos presentan son tópicos: hombre, miedo, angustia, soledad, vacío, muerte, nada, Dios, amor... Si en estos temas residiera la poeticidad de la obra cremeriana, ¿en qué se distinguiría ésta de la de otros poetas, cuando los temas eternos de la poesía caben en una fi-

cha y sobra espacio? El autor se reserva la respuesta para más adelante; y es una respuesta convincente a niveles críticos. Pero, mientras eso llega, este Capítulo VI, muy pormenorizado y desmenuzado todo, me da la impresión de algo así como “el texto como pretexto para”... Y dos observaciones: primera, emplea el autor el sintagma «visión literaturizada» como algo negativo, visión no madura, no auténtica; hay que tener cuidado, porque no siempre —ni mucho menos— la expresión «eso es literatura» es acertada; segunda, identifica al poeta, al sujeto de los versos, con Crémer. No. Eso debe ser matizado en el sentido de que una cosa es el sujeto-autor, otra el sujeto-lírico y otra el sujeto-lector. No siempre el sujeto lírico coincide con el sujeto-autor; la coincidencia tiende a darse entre el sujeto lector y el sujeto lírico —que es textual— y, tal vez sólo así, se logra un acercamiento a la intencionalidad primera del sujeto autor.

El Capítulo VII, «Estructura de los poemas», y el Capítulo VIII, «El universo imaginario», son, para mí, los más sólidos de todo el libro puesto que constituyen el núcleo, el meollo, la razón, la explicación, la justificación y el fundamento del libro mismo desde una perspectiva crítica. Sabido es que del estructuralismo ha quedado, y persiste, una consecuencia inexcusable ya: el análisis y una casi determinada forma de analizar. A los análisis que el autor realiza en los Capítulos VII y VIII puede aplicárseles, pues —y el autor lo hace—, el calificativo de estructurales. La verdad es que son dos capítulos redondos, cerrados. Y lo son porque el profesor Martínez sabe que, por exhaustivos que sean los análisis, de poco sirven si, sometidos a la prueba de la síntesis, no dan el resultado esperado y apetecido. Aquí sí lo dan: el contraste, la reiteración, la gradación, el paralelismo, la correlación y la plurimembración sintáctica son estudiados de manera ejemplar. Aquí es donde Crémer aparece realmente como poeta, y su obra como poética. ¿Por qué? Porque sometida ésta a las dos dialécticas fundamentales de la crítica —«Texto/Lector» y «Teoría general/Objeto empírico de estudio»— la poesía de Crémer da la talla. Pero, más interesante aún me parece el Capítulo VIII, «El mundo imaginario». Aunque parezca mentira, no es frecuente tener ideas claras —y exponerlas con claridad— sobre el simil, la metáfora, la alegoría, la imagen generativa, etc. El autor tiene ideas claras y las expone con claridad. Quiero decir: el autor demuestra un cono-

cimiento y una asimilación convincentes de los principios teóricos y sabe confirmar esos principios en los textos cremerianos. Justamente por ello, tal vez hubiera sido metodológicamente más riguroso y productivo colocar antes este estudio propiamente formal —el de los Capítulos VII y VIII— que el estudio temático —el del Capítulo VI— y mostrar este estudio como una lógica consecuencia de aquél, tanto más cuanto que en la lectura de cualquier texto lo primero que se «ve» es la forma. Para mí, estos dos capítulos constituyen ellos solos un libro, el libro.

El Capítulo IX, «Frasas hechas y préstamos literarios», es una corroboración a mayores de los capítulos anteriores. A mi parecer, no hubiera estado mal decir que se trata de procedimientos estilísticos y no estructurales. Pero esta observación no empaña mi opinión positiva sobre el capítulo mismo.

El Capítulo X, «El verso», está escrito con la ambigua claridad que entraña la cuestión misma del verso, en especial la del «verso libre». Cuestión no cerrada aún, ni con visos de serlo, la prudente posición que adopta el autor me parece indicativa del talante ponderado, nunca provocador ni cascarrabias, de todo el libro.

El Final es conclusivo y sintético; la Bibliografía, casi exhaustiva; y el Apéndice, una interesantísima colección de cartas escritas a Crémer por personas tan conocidas como Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Carlos Bousoño, José Luis Cano, Gabino Alejandro Carriedo, Gabriel Celaya, Gerardo Diego, José García Nieto, Ricardo Guillón, Dionisio Ridruejo, etc.

Por todo lo expuesto, me felicito de haber podido leer este libro. El método empleado, el orden estricto, el «arrastre» progresivo y consolidado en las conclusiones de cada capítulo, la documentación total manejada, el conocimiento profundo de los textos y la lectura inteligente que se hace de ellos, sin apenas deslizar juicios de valor que empañarían la objetividad del trabajo, son calidades que califican al libro y a su autor como especialmente lúcidos. La literatura leonesa —de la que me siento particularmente solidario— y la literatura española están de enhorabuena.

Para concluir, una curiosidad. En las páginas 42 y 43 saca a relucir el autor la cuestión —que se convirtió en agria polémica dentro de la sociedad leonesa— sobre si la Universidad de León debía o no distinguir a Crémer